

MARÍA, MUJER DE FE

Sábado, 1 de diciembre

Todo acontecimiento importante requiere preparación. El tiempo de Adviento, que comenzamos esta tarde, nos prepara para celebrar la Navidad, el nacimiento de Jesús, el Emmanuel, Dios con nosotros. En el Adviento redescubrimos la belleza de sabernos en camino a través de los senderos del tiempo. Por ello se nos devuelve el horizonte de la *esperanza*. Con ello se nos abre el mundo más allá de nuestras expectativas, de nuestros deseos y proyectos. La llegada del Mesías que viene alarga nuestra mirada y nuestra perspectiva se amplía. Pero para que el Señor irrumpa en nuestras vidas, hemos de estar como centinelas cuya única tarea es *vigilar, estar atentos* para que nuestro corazón no se deje llevar por el abatimiento, la rutina o la superficialidad. De esto nos habla hoy la Palabra de Dios.

Una de las figuras más importantes del Adviento es María de Nazaret. Su vida es una invitación a permanecer en una espera vigilante y activa, que se alimenta de la oración y el compromiso concreto del amor. Gracias a su *sí* incondicional al proyecto de amor de Dios sobre ella es portadora de la salvación para el mundo. El evangelista Lucas habla de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, de modo que la Palabra dio fruto en su vida. Por eso, la Madre del Señor es icono perfecto de la fe, pues como dice santa Isabel: “Bienaventurada la que ha creído” (Lc 1,45).

En María, se cumple la larga historia de fe de pueblo de Israel, que incluye la historia de tantas mujeres fieles que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. María es el evangelio vivo en su actitud de fe, en su disponibilidad constante y total a realizar la voluntad de Dios en todas las circunstancias de la vida.

Cuando María visitó a Isabel, ésta la acogió con gran alegría y, “llena del Espíritu Santo”, exclamó: “Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le he dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1,45). Lo que de extraordinario ocurrió en Nazaret, después del saludo del ángel, es que María “creyó”, convirtiéndose así en “Madre del Señor”. Este haber creído se refiere a la respuesta que María da al ángel: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Con esta respuesta, María se ofrece a Dios como una página en blanco sobre la cual él puede escribir todo lo que quiera. Por la respuesta creyente de María, el Hijo de Dios ha tomado carne de las entrañas de esta mujer y en ellas ha formado su cuerpo. Las palabras inspiradas de Isabel acaban por conmocionar a María de tal manera que se abren sus labios para proclamar las grandezas de Dios. María es el prodigio máximo de las misericordias divinas que, después de volcarse sobre Ella, llegan hasta nosotros de generación en generación. Ya no se trata de promesas de futuro, sino de una realidad presente, cumplida en la Virgen, quien, llena de alegría, proclama un himno de inmensa gratitud: el Magnificat.

Es verdad que María también pregunta al ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1,34), pero, a diferencia de Zacarías, ella no pide una explicación para comprender, sino para saber cómo cumplir la voluntad de Dios. Su pregunta busca

el cómo debe comportarse, pues todavía no conoce varón. Esto nos enseña que hay determinadas situaciones en las que no es posible querer comprender a toda costa la voluntad de Dios o el porqué de ciertas situaciones aparentemente absurdas, sino que, en vez de esto, hay que pedir la luz y la ayuda necesarias para cumplir tal voluntad.

A primera vista, el acto de fe de María fue fácil e incluso se daba por descontado. Sin embargo, la verdadera fe no es nunca un privilegio o un honor, sino que siempre significa un morir; y así fue sobre todo la fe de María en este momento. Ante todo, Dios nunca engaña, nunca esconde las consecuencias que aparecerán después del encuentro. A la luz del Espíritu Santo que acompaña a la llamada de Dios, María ha percibido que tampoco su camino será distinto del de los demás llamados. Bien pronto, el anciano Simeón se encargará de dar expresión a este presentimiento cuando le anuncie que una espada le traspasará el alma. De la alegría y el gozo del principio “alégrate”, “bienaventurada tú que has creído” se pasa a lo doloroso de los años oscuros. María comienza a ser la sierva colaboradora que tendrá que caminar con la cruz siguiendo a su Hijo.

La fe es un acto de obediencia a la palabra revelada. Pero no se oponen obediencia y razón. La obediencia es tanto más comprometedora cuanto es más racional. Éste es el camino de María. Su acto de obediencia a la palabra de Dios es fruto de su deliberación y se apoya en las razones que le aporta su entendimiento ayudado de la fe. María es considerada en la Iglesia como modelo de la fe porque vivió y experimentó como nadie lo difícil que es dar el sí a un mensaje que no entiendes, pero que intuyes, que es verdadero por la autoridad del que lo pronuncia.

Y es que las obras de Dios siguen una lógica muy diversa de la que nosotros acostumbramos a imaginar. Lo que estaba claro al principio, porque el Espíritu así lo hacía, puede no volver a estarlo después; la fe puede ser puesta a prueba por la duda. ¿Habré entendido bien? ¿Y si me hubiera equivocado? ¿Y si no hubiera sido la voz de Dios? ¡Cuánto sufriría María después de la Anunciación, a causa del aparente contraste entre su situación y todo lo que estaba escrito acerca del Mesías! ¡Cuántas veces sería José quien disipara sus temores y la tranquilizase diciéndole que no había pecado, que no se había equivocado! ¡Cuántas veces sería José quien le repitiera lo mismo que él había escuchado del ángel en sueños!: “José, hijo de David, no temas...porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo!” (Mt 1,20).

El Vaticano II nos ha hecho un gran regalo al afirmar que “la Bienaventurada Virgen *avanzó* en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG, 58). Si Jesús fue tentado, sería verdaderamente extraño que María (que estuvo tan cerca de Él en todo) no lo haya sido. La fe, dice el apóstol san Pedro, se prueba a fuego. También María, como Cristo, ha sido probada “en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4,15).

Al comienzo del tercer milenio el papa san Juan Pablo II propuso a la Iglesia, como objetivo primordial, el fortalecimiento de la fe y del testimonio cristiano. No cabe duda de que en grandes sectores de nuestra Iglesia la fe es débil. No llega a conformar a toda la persona y se cae con frecuencia en la dicotomía de la fe por un lado y la vida por otro. O la fe se convierte en una serie de prácticas rutinarias, más o menos tradicionales, que apenas influyen en la conducta. Es necesario alimentar la fe. Se necesita un cristiano que sepa dar razones ante la sociedad de aquello que cree y profesa. Esto

requiere que el creyente ante el misterio de su fe adopte la postura de María: “¿Cómo sucederá esto?”. Como a María se nos dará una respuesta que no es una aclaración, pero sí un sólido fundamento que justifique nuestra actitud de creyentes.

¡Creamos también nosotros! La contemplación de la fe de María ha de empujarnos a renovar nuestro personal acto de fe y de abandono en Dios. De ahí la importancia decisiva de decirle a Dios, por una vez en la vida, un “hágase”, un “fiat”, como el de María. Cuando esto sucede, éste es un acto envuelto en el misterio porque concierne a la vez a la gracia y a la libertad. No lo podemos hacer por nosotros mismos; por esta razón, Dios viene en nuestra ayuda sin quitarnos nuestra libertad. ¿Qué debemos, pues, hacer? Es sencillo. Después de haber orado para que este acto de fe no sea algo superficial, hay que decirle a Dios con las mismas palabras que María: “Aquí estoy, hágase en mí según tu palabra”. ¡Dios mío, digo amén, sí, a todo tu proyecto!

Pero no lo olvidemos, María pronunció su “fiat” con deseo y alegría. Cuantas veces repetimos nosotros esas palabras en un estado de ánimo de resignación mal disimulada. María nos enseña a decirlo de forma distinta. Sabiendo que la voluntad de Dios, en lo que se refiere a nosotros, es infinitamente más rica de promesas que cualquier otro proyecto nuestro; nosotros hemos de decir como María: “¡Cúmplase pronto sobre mí, oh Dios, tu voluntad de amor y de paz! Cuando creo que el Señor cumplirá su palabra, me arriesgo, me aventuro, me entrego, hasta soy capaz de perder la vida. Y cuando se asume el querer de Dios, en vez del propio, se experimenta ganancia.

Dichoso el que cree. Porque aunque tenga dolor, carencia, pecado, debilidad, soledad o problemas, Dios existe, Dios le conoce, Dios le quiere y Dios tiene sobre él un proyecto. Si tú crees en Dios y tú acoges ese proyecto, serás feliz. Con toda la alegría que se puede gozar en este mundo. En este itinerario creyente no van a faltar las etapas de aridez, ocultamiento, incluso, hasta cierto cansancio, como lo que vivió María en los años de Nazaret, mientras Jesús crecía. María va delante. Ella comenzó la peregrinación de la fe mucho antes que la Iglesia. Nuestra mirada tiene que fijarse en ella, más para imitarla que para suplicarla. Estamos muy acostumbrados a acudir a ella para exponerle nuestras necesidades y pedirle gracias y favores. Pero no estamos tan dispuestos a imitarla, a caminar a su lado, a seguir sus huellas. Y esto es lo que quiere de nosotros: que la imitemos.

“Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del Hombre”. Así acababa el evangelio de hoy. Pidamos a María, la mujer creyente, modelo de fe, que nos ayude a estar en vela y en oración, a estar atentos y vigilantes, a fin de sentirnos fuertes y poder estar en pie ante las dificultades venideras.